

“EN UN CRUCE DE CALLES”

—Manesa—

En el momento de la despedida —ella con los ojos saturados de lágrimas, él con la mirada colmada de consternación—, poco podían intuir ambos que, pasados los años, sus vidas volverían a cruzarse de manera discreta y constante en el mismo punto de la ciudad, el río Genil testigo de estos encuentros que tienen lugar en el transitado cruce de dos calles granadinas; citas a la luz del día o encuentros bajo las estrellas, pero sin que nadie las advierta, ni ninguna persona de cuantas pasan por ese lugar concreto a diario tenga noticias de que ellos se amaron antaño de manera arrebatada, quizá ilusoria, que se prodigaron respeto y se tuvieron admiración mutua, pero que su amor no llegó a buen puerto, quizá porque ese amor, nada convencional, emprendió una singladura eterna, aunque con rumbos distintos, en el mismo instante en que nació, hace ya muchas décadas...

*

El fotógrafo, llevado por la rutina, no había reparado con detalle en el grupo de estudiantes. Los jóvenes estaban sentados en el patio de la Facultad de Medicina, situada en la calle Doctor López Argüeta de la capital granadina. Fue al comprobar el encuadre a través del objetivo de la aparatosa cámara, apoyada sobre el trípode metálico, cuando el fotógrafo reparó que, junto a los veintiséis alumnos de Técnica Anatómica de aquel curso de 1912-13, que posaban junto a José Megías Manzano, profesor de dicha asignatura, había una mujer. Contrariado, sacó la cabeza de la manga de tela negra que, como trompa de elefante, colgaba de la parte trasera del cajón de madera.

—Señorita, por favor, ¿podría apartarse? Voy a sacar la foto de la clase.

Ante las risas de los jóvenes y la seriedad del catedrático, el fotógrafo se encogió de hombros, su rostro enlucido de pudor.

—Utilice de una vez por todas ese trasto, buen hombre, y saque bien a mi alumna más brillante.

A no pocos de los compañeros de Eudoxia Píriz Diego, hija de un maestro de escuela amigo de Unamuno, no les hizo gracia que el ilustre docente dijese en público y en voz alta, incluso con cierto orgullo, que la tímida muchacha, nacida en 1893 en Navasfrías (Salamanca), y que se sentaba a su izquierda, era la alumna más adelantada del grupo, pero no porque fuese la única mujer entre tanto varón, sino porque ninguno de los compañeros alcanzaba a igualarla en el expediente académico, igual de notorio que el que dejó apenas un año atrás en los archivos del Instituto Provincial de la granadina calle de San Gerónimo, donde ella cursó el bachillerato, cédula administrativa en la que quedaron anotadas quince Matrículas de Honor y numerosos Sobresalientes.

Poco podía imaginar entonces la joven que, años más tarde, se convertiría en la primera médica de Granada, posiblemente también de Andalucía, en exitosa pionera de la especialidad de cirugía ginecológica. Atrás quedarían los prejuicios que tendría que sortear hasta alcanzar su meta más anhelada. Porque ella, en una época donde el papel social de la mujer quedaba restringido al ámbito del hogar, donde solo se podía estudiar Medicina con un permiso del Rey, más que tener sueños para convertirlos en realidad, se pondría metas por cruzar, su vida transfigurada en una carrera de obstáculos que, al fin, habría de conducirla hasta hacerla ver con impotencia y desolación cómo sus logros profesionales y personales habrían de ser enterrados bajo una losa de olvido. Porque ningún intransigente habrá de perdonarle que se comportase como una mujer inconformista y luchadora, como una mujer dispuesta a romper moldes, como una mujer que se declaró feminista frente a una sociedad marcadamente machista, donde las féminas eran tuteladas por sus padres, hermanos y maridos, incluso por sus confesores. Desprestigiarla se convertiría en una suerte de inquisición durante una larga época; cara a cara, o atrincherados en una cobarde discreción, en aquel linchamiento social participarían activamente algunos colegas de su promoción, quienes la tildarían de “partera” y “abortista” para mancillar su honorabilidad y echar por tierra su alta capacitación profesionalidad. Pero no sería hasta la finalización de la guerra civil cuando los ataques personales se desencadenarían de manera más cruenta, hasta que resultase expulsada del Hospital de San Juan de Dios,

y su consulta privada perdiese pacientes a los que atender. Cansada y desilusionada, se recluiría en un exilio interior, del que nunca habría de salir, en contadas ocasiones ella recordando el eco de voz de su amado, el catedrático de ginecología y obstetricia Alejandro Otero, a la sazón preeminente político socialista durante la II República. Incontables veces martillearía su mente la imagen de él despidiéndose de ella: “Hasta pronto... o hasta nunca.” Muchas veces habría de llorar Eudoxia en soledad, quizá preguntándose por qué no se marchó con él a México. Tal vez todo hubiera sido diferente. Para bien. O para mal. Quién sabe...

Aflorará entonces en tus labios una amarga sonrisa, Eudoxia. Porque siendo como eras una mujer libre frente a los férreos convencionalismos sociales, advertirás en toda su crudeza que el respeto emocional hacia tus padres —no los abandonarás para huir con Alejandro Otero—, una suerte de cordón umbilical invisible, al fin, acabará por convertirte sin remedio en una cautiva dentro de la profunda depresión que se alargará hasta el fin de tus días.

Pero nada de esto atinaste a intuirlo mientras esperabas a que el fotógrafo hiciera la fotografía de grupo.

**

Ahora, cuando veo a la joven pareja que cada día se da cita en el cruce, que ambos se besan al reencontrarse, pienso que son Eudoxia Píriz y Alejandro Otero quienes lo hacen a través de ellos, de unos jóvenes que ignoran que las placas que dan nombre a esas dos calles que se cruzan justo donde ellos se abrazan, no son sino un sentido homenaje y un merecido reconocimiento para dos existencias que muchos trataron de silenciar, pero que se entrelazan constantemente en ese punto de Granada, sus espíritus arrullados por el murmullo de las aguas del Genil...